

24°. Domingo Ordinario C/2013

Las lecturas de este domingo hablan del perdón de Dios. Nos muestran que el amor de Dios es tan inmenso que se alegra cuando un pecador abandona su vida de maldad y vuelve a él. Nos invitan también a que confiemos en la misericordia de Dios y renunciemos a los pecados.

La primera lectura describe el pecado de Israel después de su salida de Egipto. Muestra como el pueblo se pervirtió haciendo un becerro de metal y adorándole como si fuera dios. Muestra también como, gracias a la súplica de Moisés, Dios los perdonó, a pesar de su intención inicial de castigarlos.

Lo que este texto nos enseña es que los seres humanos olvidan muy fácilmente los buenos hechos de Dios y pecan. Nos enseña también que cuando un hombre de Dios olvida su identidad cristiana y quiere comportarse como alguien más, esto tiene como consecuencia el pecado. Finalmente, el texto nos asegura que, a pesar de nuestros pecados, Dios está siempre dispuesto a perdonarnos porque nos ama.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús habla de la misericordia de Dios a través de la parábola de la oveja perdida y la de la moneda encontrada. El Evangelio comienza con la mención de los publicanos y los pecadores que se acercaban a Jesús para escucharlo y la reacción negativa de los fariseos y escribas que le criticaban.

En cambio, Jesús les dijo dos parábolas en las cuales describió la actitud de su Padre en cuanto a los pecadores. Primero, Jesús habla de un hombre que tenía cien ovejas y perdió una. Dejó las noventa y nueve en el campo y fue en busca de la perdida hasta que la encontró.

Una vez que la encontró, la cargo sobre sus hombros y regresó a casa con alegría y celebró con amigos y vecinos. Para Jesús, hay una alegría similar en el cielo cuando un pecador se arrepiente.

Después de esto, Jesús habla de una mujer que tenía diez monedas, pero perdió una en su casa. Encendió la lámpara y barrió la casa hasta que la encontró. Al encontrarla, se alegró y llamó a sus vecinas y amigas. Como en el primero caso, para Jesús, hay una gran alegría en el cielo entre los ángeles de Dios cuando un solo pecador se convierte.

Este Evangelio nos enseña mucho sobre el valor de cada individuo y sobre el corazón misericordioso de Dios. En ambas parábolas, una cosa que nos toca más es el hecho de que el pastor abandona a noventa y nueve ovejas en el campo y busca a la que se ha perdido. Del mismo modo, la mujer está preocupada por la moneda perdida aunque tiene todavía nueve más con ella.

¿Por qué actúan así? Actúan así porque, aunque tenían otras ovejas y otras monedas, las que perdieron eran importantes ante sus ojos. Cada una individualmente era tan importante que perderla sería una catástrofe para ellos. Esta es la razón por la que estaban preocupados por las que habían perdido.

Así como estas parábolas que nos cuentan un poco sobre el reino de Dios, el punto que destacan es que cada uno de nosotros visto individualmente es importante para Dios. En esta perspectiva, nadie debe subestimarse. Aunque la gente pueda rechazarnos a causa

de nuestras faltas o los males que hemos hecho en nuestra vida, Dios no puede hacer eso. Él nos ama y quiere que seamos parte de su pueblo.

Por eso, está dispuesto a perdonarnos completamente por lo que hemos hecho. Esta es la razón por la que al inicio del Evangelio, Jesús da la bienvenida a los pecadores y a los publicanos sin miedo a lo que sus enemigos puedan pensar de su actitud. No le importo la crítica, porque sabía bien que el bienestar de estas personas era más importante que cualquier otra cosa. Cuando las parábolas hablan de cosas perdidas, quieren decir literalmente se es extraña a Dios y se vive lejos de su gracia.

En esta perspectiva, cualquier retorno y conversión a Dios es un motivo de alegría en el cielo. Cuando renunciamos a nuestros malos comportamientos y a nuestros pecados, Dios, que nos mira desde el cielo, es feliz de que seamos capaces de actuar así para la gloria de su nombre y para nuestra salvación eterna. Esto significa también que el amor de Dios por nosotros es tan grande que cuando cambiamos, nos perdona, pase lo que pase, y sin importar lo que hemos hecho. Esta es la base de nuestra esperanza para la vida eterna y la seguridad de que el amor infinito de Dios nunca nos faltará. De hecho, el amor de Dios nunca será vencido por nuestra infidelidad y pecado.

¿Cuál es la consecuencia de todo esto? Lo primero es la imagen de Dios. De hecho, Dios es compasivo, misericordioso e indulgente. Como la mujer que se preocupó por la moneda perdida, Dios quiere que vuelvan a él. Como el pastor que siente cariño por la oveja perdida, Dios no es feliz hasta que él nos encuentre. Como San Agustín dijo: “Nos has creado para ti, Señor; y nuestro corazón no estará en paz hasta que te encontremos”.

La segunda es nuestra situación ante Dios. Como, Dios nos ama, no cierra su puerta a los pecados. Siempre nos da una segunda posibilidad. En este sentido, nadie puede decir que es demasiado tarde para él. Incluso si nos sentimos culpables por lo que hemos hecho en el pasado, hay todavía una posibilidad de regresar a Dios. A veces tenemos que perdonarnos a nosotros mismos a fin de disfrutar del perdón de Dios.

Pero, el problema y el desafío que tenemos es el de aceptar la gracia que Dios nos da hoy y de atreverse volver a Dios. Por eso, recordamos que la conversión requiere el valor de romper con el pasado. No olvidemos que mientras más nos perdona Dios, más querrá que nosotros cambiemos. Por eso, nos ha dejado el sacramento de la confesión a fin de reconciliarnos con él y con nuestros semejantes.

Esto es muy importante, porque, hay una tendencia a pensar que tenemos todavía el tiempo. ¿Pero, quién sabe cuánto tiempo tiene todavía? Como a menudo digo, quién sabe si la oportunidad que perdemos hoy vendrá mañana ¿Por qué debemos aplazar para mañana lo que podemos hacer hoy? Oremos, entonces, para que Dios nos dé el coraje de renunciar a nuestros pecados. Confiemos en su amor. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Éxodo 32, 7-11. 13-14; 1 Timoteo 1, 12-17; Lucas 15, 1-32



Fecha de la Homilía: el 15 de Septiembre, 2013

© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20130915homilia.pdf